

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Del estado médio.

VII.

Hay en la sociedad una clase numerosa, compuesta de hombres que no son ricos ni pobres. Llámase estado médio porque se encuentran entre los extremos de la riqueza y de la pobreza, y no toca los inconvenientes que llevan consigo la abundancia y la miseria.

Grandes son las ventajas del estado médio cuando vemos á Salomon, sapientísimo conocedor de las cosas mundanas, prosternarse en la presencia de Dios, y dirigirle esta oración: Señor, no me deis pobreza ni riqueza, sino las cosas necesarias para mi sustento, no sea que engreido con las riquezas me rebele contra Vos, desconozca vuestra Provi-

dencia y niegue vuestra soberanía, diciendo: *¿Quis est Dominus?* ¿Quién es el Señor? No me deis pobreza, no sea que á impulso de la miseria me precipite en el crimen y blasfeme el nombre del Señor mi Dios. (1) Tal estado debe ser por todos apetecido porque está libre de los escollos de la pobreza que son grandes y de los fascinadores atractivos de la riqueza que son peligros todavía mayores. No es mas rico el que mas tiene, sino el que está satisfecho de su estado, y contento con lo que posee. Estas son riquezas verdaderas, y superiores á todos los tesoros á saber, el contento y la satisfaccion. *Contentum esse suis rebus, maximæ sunt certissimæque divitiæ* (2) No es po-

(1) Prov. XXX.

(2) Tullius imparadoxis.

bre el que se contenta con el uso de sus cosas. *Pauper non est cui rerum suppetit usus.* (1) En ningún tiempo nos faltarán los dones de la naturaleza si nos contentamos con el uso moderado de nuestros bienes. *Commoda naturæ nullo tibi tempore decrunt, si contentui eo fueris quod postulat usus*(2),

Porque el sugeto de la felicidad es el corazón, y donde no hay contento, aunque abunden las riquezas, no reside la felicidad. Hoy escasea la verdadera dicha porque nadie está contento con su suerte, porque arde en todos los corazones el fuego de la ambición y de la concupiscencia, de la soberbia y de la avaricia. Todos quieren ser y tener, lucir y brillar, gozar, y divertirse, y se buscan estas soberbias y degradantes satisfacciones por todos los caminos, sin reparar en los medios, á costa de la honradez, de la conciencia, del honor, y con desdoro de la profesion cristiana, con ofensa de Dios, y con peligro cierto de la eterna salvacion. Y acontece que la dicha huye de corazones entregados á la pésima tarea de levantar los goces á la altura de las concupiscencias, y no encuentran en sus caminos lo

que solo se alcanza por los caminos de Dios.

Creo con Salomon que el sumo bien, la dicha verdadera de esta vida consiste en una aurea medianía, *in aurea mediocritate*, acompañada de una conciencia limpia, de una confianza ilimitada en la Providencia de Dios, de la observancia de sus mandamientos con la esperanza de las eternas recompensas.

La vida es corta y llena de muchas miserias. Todo lo que hay debajo del sol no es otra cosa que vanidad de vanidades, y tormento del espíritu. Por lo cual pareceme, dice el Eclesiastes, que el hombre debe trabajar para adquirir lo que necesite para su vida, que debe usar moderadamente de sus cosas; puesto que Dios para esto se las concede, para que las disfrute todo el tiempo que le permita vivir en este mundo, y déjese de afanes, y de cuidados que tanto inquietan; pues de este modo el mismo Señor llenará su alma de sólido placer, y no solamente podrá llevar en paciencia las miserias y penalidades de esta vida, sino que vivirá en el mayor contento, olvidado de todas ellas.

Es don de Dios el usar con templanza de los bienes de esta vida.

(1) Horatius in epistolis.

(2) Cato in suis documentis.

Hoc est donum Dei (1). Y sabiendo que la dicha perfecta y absoluta no se encuentra en esta vida, levanta su espíritu á Dios, y pone en él su confianza, pues ha de llegar un día en que verá coronados sus trabajos y satisfechos sus anhelos con la posesion eterna de la verdadera é inefable felicidad, con *la vision intuitiva* de la esencia divina y de sus infinitas perfecciones. ¿Quereis ser felices en esta vida y asegurar la posesion de las riquezas eternas? Los sábios modernos estudian el problema de la felicidad á la luz de su flaca razon; y, á pesar de su decantada ciencia, ni saben plantear el problema, ni conocen sus términos, ni dan con la solucion. Oid al mas sábio de los hombres, porque lo era segun Dios, y sabreis cuanto es menester para el gobierno y direccion de vuestra vida. Hé aquí la solucion del problema de la felicidad humana en este valle de miserias y trabajos: teme á Dios y guarda sus mandamientos: porque esto es todo lo que debe buscar y saber todo hombre. En esto estriba su felicidad. *Duem time et mandata ejus serva: hoc est enim omnis homo.*

(1) Cap. V. v. 17.

COMPOSICION POÉTICA

DEDICADA AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ANTONIO MARÍA CASCAJARES,
dignísimo Obispo de Calahorra y la Calzada,
*en el día de su visita Pastoral al pueblo
de Fuenmayor.*

Hay momentos en la vida
Muy dulces y placenteros,
En que los fieles sinceros
Poseen dicha cumplida.
Tal es hoy vuestra venida
Al pueblo de Fuenmayor,
Es evidente, Señor,
Que todos sus habitantes
Son fervorosos amantes
De su Obispo y buen Pastor.

¿No veis esta concurrencia
Que recoge entusiasmada
Vuestra paternal mirada?
Son hijos de Su Excelencia;
Ved brotar en la conciencia
De este pueblo cristianísimo
Un amor especialísimo
A la religion católica,
Hácia la Sede Apostólica
Y á VOS, Prelado Ilustrísimo.

Este amor, rico tesoro,
Les legaron sus mayores
Los ilustres defensores
De la religion que adoro;
Su nacimiento no ignoro
¡Oh qué glorioso! ¡qué ameno!
Lo engendró en su puro seno
Al lado del heroísmo
El íntegro cristianismo
Allá en el siglo noveno.

El musulmán furibundo
 Pretendía muy ufano
 Borrarr el nombre cristiano
 De la faz de todo el mundo;
 En un silencio profundo
 Vivían los españoles
 Hasta que el cielo donóles
 Capitanes tan valientes
 Que brillan en nuestras mentes
 Como en el cielo sus soles.

Hirviendo sus corazones
 Empuñaron las espadas,
 Con la religión templadas,
 Tan bizarros campeones;
 Aquí plantó sus pendones
 Al lado del Crucifijo,
 Fundando tan noble hijo
 El muy leal Capitán,
 El valeroso Bazán,
 De las tropas de Clavijo.

Y desde aquellos instantes
 La fé más pura y hermosa
 Como una perla preciosa
 Conservan sus habitantes;
 Ved sus fulgores radiantes
 En las espaciadas frentes,
 Mirad; las sencillas gentes
 Dan público testimonio,
 Lanzando ante VOS, Antonio,
 Los vivas más elocuentes.

Cantemos con alegría
 El cántico más precioso
 Al Obispo bondadoso,
 Al Príncipe que nos guía;
 ¡Ojalá! ¡Oh.... quien tendría
 Cien mil vidas, cien mil bocas!
 ¡Pretendeis, ideas locas,

Describir con claridad
 Un celo, una caridad
 Que sienten hasta las rocas?

Hable Calahorra entera
 Dichosa con tanto bien,
 Habla Fuenmayor también
 Que os estima y os venera;
 Adelante en la carrera
 Con tanto acierto emprendida,
 Y la Diócesis unida
 Irá.... sí, irá con VOS,
 A recibir de su Dios
 La corona de la vida.

Y mientras en este suelo
 Bendecimos tu memoria,
 Los Angeles en la gloria
 Glorificarán tu celo;
 Y Dios en el alto Cielo
 Con su brazo poderoso
 Labre el trono más precioso
 A VOS, Antonio María,
 Donde un día y otro día
 Seais por siempre dichoso.

Fuenmayor 18 de Octubre de 1886.

LADISLAO METOLA Y GARCÍA.

El Padre Ladislao, capuchino francés del convento de Périgueux, está formando una colección de los antiguos instrumentos con que se preparaban las hostias que deben consagrarse. Ha recogido ya unos ciento, entre los que hay los dibujos de las hostias griegas, coptas y armenias, cuyo simbolismo desconoce aun el Occidente, así como el instrumento de las hijas de Santa Radegunda que hace catorce siglos que preparan las hos-

tias donde las disponia la fundadora. Otros proceden de Anjou y de Poitiers.

El Congreso eucarístico de Tolosa encomió la coleccion, y la sociedad Arqueológica de Francia dió una medalla grande al digno religioso.

VARIETADES.

El *Diario de Lourdes* refiere esta milagrosa conversion:

«Cierta médico que habia abandonado desde su juventud todo género de prácticas religiosas, se dirigió á Lourdes con el propósito de confirmarse en la creencia de que nada de sobrenatural y milagroso habia en la gruta.

»Llevaba una comision para un religioso llamado el P. Maria Antonio, el cual, dando un paseo, le condujo á la gruta. Apenas hubo entrado en ella, de tal manera fué herido en la gracia, que cayó de rodillas; y despues de 50 años que hacia que no habia levantado el corazón á Dios, oró con el fervor de un serafin. El religioso le condujo detrás del altar que hay en la gruta, allí el médico tomó el Crucifijo en las manos, y regándolo con su llanto, se confesó con los sentimientos de la mas viva y tierna fé.»

El poder del Santo Rosario.

NARRACION DE UN SUCESO VERDADERO.

Viva María,
Viva el Rosario,
Viva Santo Domingo
Que lo ha fundado.

Han pasado de esto cuarenta años; pero lo recuerdo como si fuera ahora.

Era yo un jóven y estábamos en el año de gracia de 1846.

En una mañana de Mayo habia cogido el sombrero para salir de casa cuando llamaron á la puerta del piso. La camarera fué á abrir y un momento despues me dijo.

—Señorito, hay una jóven que pregunta por el papá de usted.

—Dígale usted que pase adelante, contesté, y avisé á papá.

La jóven entró en la salita recibidor y tomó asiento.

Era una muchacha como de unos veinticuatro años, morena y, sin ser bonita, agradaba. Lucía la ropa que traía puesta; pues á pesar de ser una hija del pueblo parecia una señorita disfrazada. Vestía un traje de merino negro y mantilla de merino blanco, porque entonces, las mujeres del pueblo cuando debian visitar á una persona de respeto para ellas, no se cubrian la cabeza con el democrático pañuelo, sino que usaban la mantilla blanca catalana, que ahora se ha perdido ya en Barcelona.

Papá vino y con la jóven entró en el salon.

Iba yo á salir, cuando volvieron á llamar á la puerta, y se presentó una inquilina de nuestra casa.

—Señorito, dijo, diga usted á su papá que si esta jóven que acaba de entrar les pide para ocupar el piso que tienen ustedes vacante en la casa de enfrente, se lo niegue. Es una mujer perdida.

—Gracias, Narcisa, dije yo. Lo hare presente á papá.

Sali á diligencias, y á la hora de comer nos reunimos en familia.

De sobremesa dije á papá lo que nuestra buena inquilina Narcisa me habia dicho relativo á la jóven que vino por la mañana.

Papá se sonrió y contestó.

—Lo que tu dices ella misma me lo ha dicho. No hay duda, fué una pobre niña descarriada; pero hoy por hoy es una alma de Dios.

Papá se levantó y llamándonos á parte á mamá, á mi esposa y á mi nos contó la historia de la pobre jóven, la cual relataré aun sin suprimir siquiera los nombres propios.

Antonia era una hija del pueblo; sus padres, pobres obreros de una fábrica de hilados, tenían otra hija que se llamaba Isabel. Como marido y mujer trabajaban, quisieron dar ó sus hijas una educación cristiana, y en lugar de mandarlas á la fábrica, como hacen muchos padres, á fin de que les ganen jornal, ellos se impusieron privaciones y mandaron á sus hijas al convento de la Enseñanza, que entonces existía en la calle del mismo nombre, formando la manzana entre la de Fernando y la Bajada de San Miguel.

Las buenas religiosas instruyeron á las dos hermanas en las máximas de la religión y moral que tan solo se aprenden en semejantes institutos.

Las dos hermanas fueron creciendo, y como sus padres eran piadosos continuaban en su casa las oraciones que aprendían de las buenas religiosas y entre ellas las del santo Rosario, que guiaba el padre de las niñas y lo rezaban todos los días, concluida la pobre cena de la familia.

Antonia, la mayor, habia llegado á la

edad de quince años y habia confiado á su madre su deseo de entrar religiosa en el convento de la Enseñanza, cuando un suceso lamentable dió al traste con los buenos deseos de la jóven.

Una enfermedad terrible se llevó al sepulcro al padre, y la pobre viuda, falta de medios y con la salud quebrantada, no tuvo otro recurso que apelar, para comer, al trabajo de sus hijas; y Antonia é Isabel, dejando por necesidad su colegio, trabajaron en la fábrica, pero sin abandonar sus máximas religiosas, manteniendo á su pobre madre con el trabajo de sus manos.

Un día ¡ay! Antonia encontró en la calle á un hombre.

¿Cómo se interpone el demonio en el camino de un ángel? No lo sabemos.

La infeliz le escuchó tal vez demasiado.

Mediaron promesas, medió la seducción, y la virtuosa jóven, la que deseaba tomar el velo en la Enseñanza, abandonó la casa paterna, dejando desconsolada á su pobre y honrada madre, la cual exclamaba con dolor:

—¡Preferiría verla muerta cien veces, antes de que fuera la vergüenza de mis canas!

Cuando una persona buena cae, la caída es rápida.

La infeliz Antonia, abandonada por el miserable que la engañó, creyó que para ella no habia remedio ya.

Haré gracia á mis lectores del período horrible de la vida de aquella desgraciada, hasta que por casualidad volvió á reunirse con el hombre que fué causa de su desgracia.

Aquel hombre vivía entonces en una habitación de nuestra casa, cuyas ventanas miran al zaguán.

Papá tenía la costumbre de rezar el rosario en familia, como se practica en todas las casas cristianas, y como estábamos en verano teníamos las ventanas abiertas.

A fin de que todos los domésticos y sirvientas de casa pudieran seguirlo, se rezaba y se reza hoy el Rosario en el comedor, frente á una imagen de la Purísima Concepción que existe en la pared.

Empezó papá el rezo, y cuando la desgraciada Antonia, que estaba junto á la ventana del zaguán, oyó el Padre nuestro que daba principio al santo Rosario, dijo:

¿Puedo yo rezar? ¡Oh! no, no. Cuando yo era inocente rezaba; hoy no puedo porque soy una mujer perdida.

Y rompió á llorar, pero no rezó.

Al día siguiente á la misma hora la desgraciada estaba en la pieza que daba al zaguán á fin de oír el rezo del santo Rosario.

El rezo empezó.

Con mis padres lo rezaba, exclamó la infeliz, y cayendo de rodillas siguió el Rosario entre lágrimas, sollozos y gritos ahogados que arrancaba el dolor.

Cuando el Rosario concluyó, cuando mi padre y los demás seguimos la Salve á Nuestra Señora de las Mercedes, á fuer de verdaderos católicos barceloneses, la pobre muchacha estaba cuasi desvanecida y tuvo que apoyar su cabeza en el asiento de una silla.

Su estado parecía próximo á la demencia.

Al día siguiente se levantó muy de mañana se puso la mantilla y después de muchos años de no haber entrado en ninguna iglesia, se dirigió al templo del Señor.

Esto no puede continuar, así se decía á sí misma. Y añadía con dolor: yo había nacido para ser virtuosa y mis pobres padres y las religiosas me habían mostrado el camino para serlo. Pero aún estoy á tiempo, Dios tendrá piedad de mí.

Penetró Antonia en la capilla del Santísimo Sacramento.

En un confesonario había un sacerdote que aguardaba á que vinieran los penitentes. La pobre pecadora se arrodilló y entre suspiros y lágrimas empezó su confesión.

—Mi alma dormía, padre, exclamó por fin, y el rezo que oí del santo Rosario me despertó. Dios no quiere que me pierda y no me perderé.

—Qué piensas hacer, ahora hija mía, le dijo el buen sacerdote.

—No sé, exclamó la infeliz. No tengo ideas. No sé que hacer.

—Primero debes dejar la mala compañía con la cual vives y después acógete junto á tu madre.

—Mi madre, dijo con terror la desgraciada. Mi madre que es una santa mujer; me matará cuando me vea, pues soy la vergüenza y el oprobio de la familia.

—Tu madre te acogerá en su casa, contestó el buen sacerdote y yo te acompañaré.

—A qué hora? preguntó la pobre muchacha.

—De aquí á una hora, te aguardaré en este templo, dijo el sacerdote.

La infeliz besó la mano al ministro de Dios que la bendijo.

Al llegar á su casa encontró al hombre, causa de su desgracia.

—Me voy, dijo al verle, recogeré mi ropa y todo ha concluido entre los dos.

—Has encontrado otro amante mas rico, dijo burlándose aquel miserable.

—No, contestó ella con resolución; no quiero seguir esta carrera de infamia.

—Tal vez querrás ser monja, dijo él en tono de burla.

—¡Monja! dijo ella para sí, y su corazón saltó en su pecho mientras pensaba con abatimiento.

—Yo quise ser monja un día, pero ahora no puedo.

Entre el claustro y la infamia media un abismo.

Antonia, se dirigió al templo y allí la aguardaba el sacerdote.

La pobre jóven traía su ropa, la que dejó en una casa amiga.

El sacerdote la acompañó á casa de su madre, situada en los barrios bajos de la ciudad.

La buena mujer abrió la puerta, y al ver á su hija se quedó sorprendida, pero le franqueó la entrada.

Entonces Antonia penetró en la casa, y cayendo de rodillas dijo:

—¡Perdon, madre mia, perdon!

—¡Vete, vete! exclamó su madre; ¡vete, deshonra de mi casa! Eramos pobres, pero honradas, y ahora, en mi vejez, tengo que bajar la cabeza ante todo

el mundo, y me dicen que soy la madre de una... ¡oh Dios mio! no lo puedo decir, pues la vergüenza me mata.

—Sosegaos, buena mujer, dijo el sacerdote. Dios ha perdonado á vuestra hijas y vos la perdonareis tambien.

—Quiero abofetearla, padre, gritó la pobre madre desesperada.

—¡Madre, matadme, matadme; lo merezco! Pero no me aborrezcais, porque buena ó mala, soy vuestra hija y me criasteis en vuestros pechos!

Al oír esto la pobre madre, rompió á llorar y gritó sin poder contenerse:

—¡Hija mia! ¡Hija mia!

La hija se arrojó en brazos de su madre y hubo una escena como pueden figurarse las madres, pues el amor maternal no conoce condiciones ni educación, y lo sienten igual la dama que pasea en coche que la pobre obrera de nuestras fábricas.

No hay en ello distincion de pobres ni de ricos. Es la verdadera igualdad.

Cuando madre é hija hubieron desahogado su llanto, el sacerdote las dejó, diciendo que al dia siguiente volviese á verle Antonia, pues se hablaría de su porvenir.

—Padre, dijo la jóven, aquel hombre, burlándose hoy de mi infamia, me decía mofándose que tal vez podría ser monja.

—¿Quién lo duda, contestó el buen religioso. Si tuvieras vocacion, por qué no? El sacerdote se despidió de madre é hija.

(Continuará.)

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

Imp. CATÓLICA, Huerto del Rey, 13.